

La vocación humana y cristiana de la mujer.

Acoger el amor para donarlo en la experiencia de la espiritualidad de la protección y del cuidado del particular

Angela Tagliafico

Doctora en Teología espiritual, profesora extraordinaria de la Facultad de Teología y profesora estable del Instituto Superior de Ciencias Religiosas del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

1. Introducción

En la historia de la civilización humana, la mujer siempre ha ocupado un lugar y una función primordial y esencial, quizás tanto más esencial cuanto más silenciosa. Custodia de la vida por su proximidad connatural a la “existencia”, ya que a través de ella, lo humano y lo divino llegan al hombre.

La vocación de la mujer está arraigada y vinculada a su naturaleza: tiene un cerebro como el hombre, pero también tiene un vientre, y estos dos centros la distinguen y caracterizan en su natural condición femenina, creada para recibir amor y dar vida: en su carne, en su corazón, en su espíritu.

La maternidad (tanto física como espiritual, y de hecho recuerdo que la forma más elevada de maternidad es precisamente la espiritual), es como el polo hacia el que se orienta el comportamiento de cada mujer y en el que se manifiestan sus dones más auténticos de entrega y de amor recogido, delicado y tierno.

Pablo VI ya indicaba en 1965:

Desgraciadamente, el progreso social, que debería dar a la mujer el pleno reconocimiento de sus derechos, capacidades y responsabilidades, no es todavía completo, ni se basa siempre en principios sólidos. Hay que estar atentos a la invasión, a la irrupción, se podría decir en ciertos aspectos, de una mentalidad que se complace en mostrarse inescrupulosa y subversiva de las costumbres femeninas, no solo en aquellos aspectos anticuados y

* Traducción de *Ecclesia* de todo el trabajo, también de las fuentes usadas desde publicaciones en italiano, a no ser que se haya recurrido, cuando exista, al texto castellano en www.vatican.va.

contingentes, que pueden ser objeto de crítica y transformación, sino también en aquellos valores que deben constituir en todo caso el honor y el compromiso de la feminidad verdadera, humana y cristiana¹.

La inserción de la mujer en los más variados tejidos de la sociedad contemporánea —sin duda uno de los signos más evidentes de nuestro tiempo— no podía dejar de tener una resonancia natural y generalizada también dentro de la Iglesia, y el siguiente pasaje del decreto sobre el apostolado de los laicos del Concilio Vaticano II así lo atestigua: «Como en nuestros tiempos participan las mujeres cada vez más activamente en toda la vida social, es de sumo interés su mayor participación también en los campos del apostolado de la Iglesia»².

Resulta claro, pues, en la proyección del Concilio Vaticano II, que la Iglesia subraya cada vez más, a través de acciones concretas, la importancia insustituible de la mujer en su seno: símbolo de amor, de atención y de respeto a toda realidad, y símbolo de acogida y de servicio a las personas, pero, sobre todo, fuente de vida y, a través de su natural creatividad, concreción y dinamismo, de continua renovación eclesial y social.

2. Lo femenino y Dios: Dios Madre

En la tradición bíblica Dios no es presentado solamente mediante el lenguaje masculino, sino que también el femenino lo revela. En efecto, Dios es personificado a través de la temática femenina de la Sabiduría en los libros de los *Proverbios* 8,22-26 y de la *Sabiduría* 24,9. Tal Sabiduría hipostatiza al mismo Dios, mujer y Sabiduría establecen una íntima correlación (*Prov* 31,10.26.30) y realizan una trasmutación simbólica entre sí (*Prov* 19,14; 40,12; *Sab* 3,12)³.

Además, se compara a Dios con una madre que consuela (*Is* 66,13), una madre que no puede olvidar al hijo de sus entrañas (*Is* 49,15). Jesús mismo se compara con una madre que quiere reunir a sus hijos bajo su protección (*Lc* 13,34). Por último, al final de la historia de la humanidad, la Biblia informa de la acción de Dios, que, como una madre, enjugará las lágrimas de nuestros ojos, cansados de tanto llorar (*Ap* 21,4).

¹ PAOLO VI, *Discorso nel XX anniversario di attività del Centro italiano femminile*, 30 maggio 1965, AAS 57 (1965), 474.

² CONCILIO VATICANO II, decreto *Apostolicam actuositatem*, 18 noviembre 1965, n. 9.

³ Cf. S. MENGOTTO, *Donne nel respiro di Ruab*, In *Dialogo*, Roma 2006, 87.

La tradición bíblica utiliza el lenguaje femenino para describir los elementos de la ternura y la aceptación de Dios; y, como escribió Evdokimov (1901-1970), un místico ortodoxo de origen ruso:

el principio religioso en lo humano se expresa a través de lo femenino, ya que el alma femenina está más cerca del Génesis, y esto es tan cierto que la paternidad espiritual se sirve, para expresarse, de imágenes de la maternidad: sufro los dolores del parto hasta que Cristo se forme en vosotros (*Gal 4,9*)⁴.

a. *El principio femenino de la salvación*

Para la fe cristiana, María representa la plenitud de la realización de lo femenino en sus distintas manifestaciones vinculadas al misterio de la vida, como Virgen y Madre, en virtud de ser la Virgen-Madre de Dios encarnado, y de estar en íntima relación con el Espíritu Santo.

También hay algo de la femineidad de María que es asumida por Dios mismos. En concreto, María manifiesta algo de la misma redención de Cristo que no se manifestó en su acto redentor, y que tampoco podía manifestarse: la ternura maternal. Jesús es un hombre, y como tal no puede manifestar nada de lo que es femenino y propio de una madre. Tal manifestación, de hecho, solo es posible para una mujer. Y Dios eligió a María para manifestar este aspecto maternal de su persona⁵.

Podemos decir, pues, que hay un principio femenino en nuestra salvación y en nuestro nuevo ser, inaugurado por la encarnación del Hijo de Dios. Sin embargo, todavía hay algo más. María establece un vínculo ontológico con el Espíritu Santo, como afirma el místico Evdokimov en la obra ya citada: «ella es el lugar de la presencia del Espíritu Santo, como el Niño Jesús lo es de la presencia del Verbo: los dos juntos traducen, en lo humano, el rostro misterioso del Padre»⁶.

b. *Dios-Madre*

En la Sagrada Escritura, Dios se manifiesta también como Aquel que levanta a un niño hasta su rostro (*Os 11,4*), y tiene un pecho acogedor (*Jn 1,18*). *11,4*), La cultura judía es fundamentalmente masculina, mientras que el Espíritu es femenino; en los Evangelios las alusiones de Jesús sobre el Espíritu Santo tienen acentos maternos: consuela, característica eminente-

⁴ P. EVDOKIMOV, *La femme et le salut du monde*, Casterman, Tournai-Paris 1958, 67.

⁵ Cf. J. HOURCADE, *L'eterno femminino*, Apostolato della preghiera, Roma 2006, 55.

⁶ P. EVDOKIMOV, *La femme...*, 89.

mente materna, exhorta y conforta (*Jn* 14,26). Y es el Espíritu Santo, como madre, quien nos enseña el nombre de Dios Padre (*Rm* 8,15), y qué debemos pedir en la oración que le dirigimos (*Rm* 8,26).

El jesuita y teólogo francés André Manaranche (1927-2020) afirma: «al final de la esperanza, lo que de hecho reaparece es la imagen materna de una unidad finalmente recuperada: Dios es padre solo cuando promete un amor de madre»⁷.

La tradición cristiana no ha dejado de revelar, en la conciencia religiosa, la figura materna de Dios. Clemente de Alejandría (150-215), apologista, escritor y padre de la Iglesia griega, al reflexionar sobre la maternidad divina de María, afirma:

Dios es amor y es por amor que lo buscamos. En su inefable majestad es nuestro Padre, pero en su amor se abrió y se convirtió en nuestra Madre. ¡Sí!, en su amor se hizo mujer, y el Hijo engendrado por Él es la mayor prueba de ello⁸.

Esta proposición de Clemente nos remite inmediatamente al texto del libro de *Proverbios* 8,22-23, donde se habla de la Sabiduría que «el Señor creó como primogénito de su obra, desde el principio, antes de crear cualquier otra cosa; desde la eternidad fue constituido; desde el principio». Y luego al *Salmo* 110,3: «Desde el día de tu nacimiento recibirás el principado, en el resplandor santo, desde el seno materno, desde la aurora de tu infancia». La tradición teológica ha aplicado ambas citas al Verbo eterno.

En nuestra experiencia nunca decimos que es el padre quien engendra al hijo, sino que siempre es la madre quien engendra. Sin embargo, dado que Dios es la fuente preeminente de todas las perfecciones en el orden creado, también debe ser la fuente de la maternidad.

S. Anselmo de Canterbury, teólogo y arzobispo (1033-1109), en una de sus oraciones, la número 10, se dirige a Jesús como si fuese una madre: «Y tú, Jesús, buen Señor, ¿no eres también madre? ¿O no será madre quien, como una gallina, reúne a sus polluelos bajo sus alas? ¡En verdad, Señor, Tú eres mi madre!»⁹.

Siguiendo con la Edad Media, a propósito de esta maternidad de Dios, la mística cristiana inglesa, la beata Juliana de Norwich (1342-1416), escribe: «Dios, en su omnisciencia, es nuestra tierna Madre»¹⁰. Para ella, la Trinidad posee tres propiedades: paternidad, maternidad y señorío, y atribuye la ma-

⁷ A. MANARANCHE, *Lo Spirito e la donna*, Torino 1995, 68 (no publicado).

⁸ CLEMENTE ALESSANDRINO, *Il ricco e la salvezza*, San Paolo Edizioni, Milano 2003, 80.

⁹ ANSELMO DI CANTERBURY, *Orazioni e meditazioni*, Jaca Book, Milano 1997, 293.

¹⁰ GIULIANA DI NORWICH, *Le Rivelazioni del divino amore*, Edizioni Segno, Udine 2018, 90.

ternidad a la segunda Persona, que define así: «La segunda Persona de la Trinidad es nuestra Madre, en la misericordia y en la sensibilidad»¹¹.

A Juliana parece hacerse eco, en el siglo XV, el ermitaño patrón de Suiza, san Nicolás de Flue (1417-1487), quien narra una visión en la que se le aparece la Trinidad en forma de Dios-Padre, Dios-Madre y Dios-Hijo¹².

Tales testimonios, obra de personas reconocidas por la Iglesia como teólogos o santos, explican que no nos maravilla la frase que Juan Pablo I pronunció en el Ángelus del 10 de septiembre de 1978: «Dios es Padre, más aún, es Madre»¹³.

3. Adán y Eva: el uno frente a la otra

Para comprender la misión de la mujer, de toda mujer, dentro del Cuerpo Místico de Cristo, es necesario, en mi opinión, estudiar en primer lugar la intención que Dios tuvo al crear a la mujer, es decir, lo que constituye la diversidad de la tarea del hombre y de la mujer, en vista de la cual el Señor ha moldeado la propia espiritualidad del uno y de la otra.

Hay una vocación común entre el hombre y la mujer que se remonta a *Génesis* 1,26-29, y que está delineada por tres componentes: haber sido ambos creados a imagen de Dios, ser llamados a multiplicarse para llenar la tierra, y ser llamados a tener dominio sobre toda la creación.

La principal diferencia se indica en los capítulos siguientes, primero en *Génesis* 2,18: «El Señor Dios pensó: no es bueno que el hombre esté solo. Le haré una ayuda digna de él». Es oportuno analizar bien el término «ayuda», que en hebreo resuena como *eser kenegdo*, que significa literalmente «ayuda frente a él», o «ayuda semejante a él», es decir, imagen especular en la que el varón puede contemplar su imagen y encontrarse en autoposición, antes del acto de poder entregarse plenamente, y así poder recibir plenamente a la mujer¹⁴.

A continuación, *Génesis* 2,22-23: «El Señor Dios formó una mujer a partir de la costilla que había tomado del hombre, y se la llevó al hombre. Entonces el hombre dijo: Esta vez es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Será llamada mujer, porque del hombre fue extraída». Y así, la mujer

¹¹ *Ibid.*, 91.

¹² Cf. M.L. VON FRANZ, *Le visioni di Nicola della Flüe*, Casagrande, Bellinzona 1994, 20-21.

¹³ N. SCOPELLITI – F. TAFFAREL, *Lo stupore di Dio. Vita di papa Luciani*, Ares, Milano 2019, 76.

¹⁴ Cf. P. DE BENEDETTI, *Gli angoli nascosti della Bibbia. Uomini, donne e altre creature*, Morcelliana, Brescia 2015, 54.

solo se encuentra a sí misma en su entrega, antes de ser aceptada por el varón, tal y como su Creador la quiso, es decir, por sí misma, a través de su humanidad y feminidad.

El intercambio relacional entre ambos es recíproco: del autodescubrimiento, a la autoposición, al don sincero de sí mismo, aceptado en la verdad del propio ser sexual, varón y mujer, en el mutuo dar y recibir, que genera el proceso de reconocer y recibir, y crea la auténtica comunión de personas. Con esta modalidad está orientada toda la vida de esta primera pareja, marcada por el amor y en tensión hacia el amor y la perfecta armonía¹⁵.

La tesis de la diferencia específica entre ser hombre y ser mujer se argumenta junto a la tesis de la unidad específica del ser humano: el hombre y la mujer son seres humanos, y en ello radica su igualdad, que también se caracteriza por su diversidad como hombre y mujer.

La filósofa y mística carmelita Edith Stein (1891-1942), que murió en Auschwitz, señala en su escrito *La mujer* en qué consiste antropológicamente esta diferencia:

no solo el cuerpo está estructurado de manera diferente, no solo las funciones fisiológicas particulares son diferentes, sino que toda la vida del cuerpo es diferente, la relación entre el alma y el cuerpo es diferente, y dentro de lo psíquico, la relación entre el espíritu y la sensibilidad es diferente, así como es diferente la relación de las fuerzas espirituales entre sí¹⁶.

Esta diversidad hace que el hombre esté más atento a las realidades objetivas y universales, a diferencia de la mujer, que está naturalmente más atenta a todo lo que es subjetivo y personal. Lo inerte y abstracto solo interesa a la mujer en la medida en que sirve a lo vivo y concreto, y no en sí mismo.

La actitud natural de la mujer, por lo tanto, es de atención a la persona, y esto tiene múltiples significados; en primer lugar, ella participa con gusto y con todo su ser en lo que hace, y luego se interesa vivamente por todo lo que se refiere a las circunstancias y los casos personales.

Hay, por tanto una temática existencial diferente, y un diferente horizonte masculino y femenino, que también especifica, en consecuencia, la diferente orientación de la vida: la acción, es decir, el masculino transformar y dominar, y la custodia, es decir, el femenino elaborar y acoger¹⁷.

¹⁵ Cf. *Ibid.*, 61.

¹⁶ E. STEIN, *La donna*, Città nuova, Roma 2010, 88.

¹⁷ Cf. *Ibid.*, 100.

Sin embargo, con un forzamiento que parece justificada, puedo decir que el primer horizonte se refiere más al intelecto, y el segundo a la interioridad. En otras palabras: por un lado, la realidad es vista como un campo de cosas que se pueden utilizar y cambiar, y por otro, como un horizonte en el que la vida adquiere su significado.

El acto de cuidar es lo que revela el sentido de la existencia de la mujer y del mundo en el que ella vive; el acto de construir, en cambio, revela el sentido de la existencia del hombre, ser en el mundo como "homo faber".

El modo de receptividad por parte de la mujer y el modo de penetración por parte del hombre trascienden así su significado biológico, y se constituyen como las dos posibilidades diferentes de la experiencia.

No pretendo con esto retomar la vieja cuestión de la actividad masculina en contraste con la pasividad femenina: la receptividad no es menos activa que la penetración. Más bien quiero decir que la diferencia entre varón y mujer encuentra en la constitución biológica su fundamento y, al mismo tiempo, su símbolo¹⁸.

Del griego *symbolon*, que a su vez deriva del verbo *symbollo*, que significa a grandes rasgos «juntar dos partes distintas», ello reenvía a la recomposición de un todo, y se refiere a una parte perdida que le pertenece.

Además, a través de este camino se puede comprender cómo lo masculino y lo femenino no son un mero fruto de la identificación, sino que forman parte de una estructura trascendental de la persona que los pone, uno en relación intencional con el otro. Solo con Eva nace también Adán, y solo ante Eva, la mujer desprendida de su carne, se reconoce Adán como hombre.

El hombre y la mujer no están, pues, uno al lado de la otra, sino uno frente a la otra, constituyendo un par de opuestos, que no se contradicen, sino que se afirman; la oposición, de hecho, en este caso implica reciprocidad¹⁹.

En su distinción radical, varón y mujer se llaman mutuamente: uno presupone a la otra, uno solo es posible en relación con la otra. Y probablemente también hay una integración de lo masculino y lo femenino si el carmelita y doctor de la Iglesia santa Teresa de Ávila (1515-1582) recomendaba a sus hermanas ser como «varones fuertes»²⁰; y el jesuita, filósofo y paleontólogo

¹⁸ Cf. *Ibid.*, 104.

¹⁹ Cf. A. MILANO, *Donna e amore nella Bibbia*, Dehoniane, Bologna 2015, 99.

²⁰ TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección*, 7,8, edición digital en <https://www.santateresadejesus.com/>.

Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) decía: «nada se ha desarrollado en mí sino bajo la mirada y el influjo de una mujer»²¹.

4. La vocación cristiana de la mujer: acoger el amor para donarlo

El papa Juan Pablo II, en la carta apostólica *Mulieris dignitatem*, afirma: «Sobre el fundamento del designio eterno de Dios, la mujer es aquella en quien el orden del amor en el mundo creado de las personas halla un terreno para su primera raíz»²².

El amor, que es Dios mismo, se enraíza así, de manera singular, en el corazón de la mujer, o mejor dicho, en sus entrañas maternas, en las que, desde el primer momento de la concepción, se moldea la criatura humana, y donde el poder creador divino se convierte en acontecimiento y se manifiesta con el prodigio de una nueva vida.

El lugar de la mujer en el plan de Dios aparece verdaderamente en el inicio donde, por la fuerza inagotable del amor, el ser brota y se desarrolla. No deja de ser significativo que las mujeres bíblicas se encuentren a menudo en el pozo, en el acto de sacar agua y de ofrecerla. De hecho, el agua recuerda el misterio de la presencia del Espíritu creador, y existe una relación misteriosa, profunda e inagotable entre el Espíritu de Dios y la mujer, entre el misterio del Amor y el misterio de la feminidad, que es apertura para recibir el don para otorgarlo, y disponibilidad para recibir la fuerza generadora para cultivar la vida.

La analogía del amor esponsal, utilizada varias veces en la Sagrada Escritura para expresar el amor de Dios por su pueblo elegido, por la Iglesia y por la humanidad, nos permite percibir una verdad que parece decidir de manera esencial sobre la cuestión de la dignidad de la mujer y, por tanto, también de su vocación: la dignidad de la mujer se mide por el orden del amor²³.

Por tanto, si la mujer es la que, en virtud de su feminidad, recibe el amor para amar a su vez, hay que reconocer que, en este «amar a su vez», permite que el poder divino del amor, del que es portadora, actúe en ella y a través de ella, tanto en el ámbito natural como en el sobrenatural.

Tal vez no sea exagerado decir que la mujer se sitúa no solo en el orden del amor, sino aún más, de la superabundancia del amor. Porque en ella se

²¹ T. DE CHARDIN, *Il cuore della materia*, Queriniana, Brescia 2015, 44.

²² JUAN PABLO II, carta apostólica *Mulieris dignitatem*, n. 29, 15 agosto 1988, AAS 80 (1988), 1670.

²³ A. MILANO, *Donna e amore...*, 111.

vierte aquella mayor medida de caridad que desborda del mismo corazón de Dios, y que se manifiesta en la ternura que derrama hacia todas sus criaturas.

Desde el principio de los tiempos, la mujer es colocada ante el hombre como ayuda, como don de ternura y de alegría, y todo su ser proclama la primacía del amor y la intuición del corazón sobre la razón. Ahí radica precisamente su fuerza y su verdadera grandeza y belleza humana y espiritual²⁴.

Todo el transcurso de la Historia de la Salvación constata el papel decisivo de la mujer en el designio de Dios, y por eso mismo ella está llamada a enfrentarse también al misterio de la iniquidad; el Papa Juan Pablo II vuelve a afirmar en *Mulieris dignitatem*: «en el paradigma bíblico de la “mujer” se encuadra, desde el inicio hasta el final de la historia, la lucha contra el mal y contra el Maligno. Es también la lucha *a favor del hombre, de su verdadero bien, de su salvación*»²⁵.

La Biblia atestigua que precisamente en la mujer Eva-María, la historia registra una lucha dramática para todo hombre: la lucha por su fundamental “sí” o “no” a Dios y a su plan salvífico eterno para la humanidad.

La mujer, por tanto, está llamada a tomar partido a favor de la vida, frente al enemigo de Dios y del hombre; ciertamente, siempre corre el riesgo de la ambigüedad, es decir, de dejarse engañar y, por tanto, de dejarse instrumentalizar para la muerte, entonces, en lugar de ser profecía de un mundo nuevo pacificado por el Amor, y Esposa casta y fecunda, amada por el Amor, puede convertirse en una presencia perturbadora y enigmática, disgregadora de la unidad. En este caso, si su lugar ya no está junto a la Fuente pura, sino en la desembocadura de un río turbio y abrumador, se convierte en la ramera que devora a sus amantes (*Ap 17*)²⁶.

El modo de amar que caracteriza a la mujer es su estar siempre al servicio de la vida; ello constituye su dignidad específica y, al mismo tiempo, caracteriza su vocación y misión.

Leemos nuevamente en *Mulieris dignitatem*:

La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual, se une a la conciencia de que *Dios le confía de un modo especial el hombre*, es decir, el ser humano. Naturalmente, cada hombre es confiado por Dios a todos y cada uno. Sin

²⁴ P. DE BENEDETTI, *Gli angoli nascosti*, 77.

²⁵ JUAN PABLO II, carta apostólica *Mulieris dignitatem*, n. 30.

²⁶ Cf. A. ANGHINONI, *Donne di Dio*, San Paolo, Milano 2016, 98.

embargo, esta entrega se refiere especialmente a la mujer –sobre todo en razón de su femineidad– y ello decide principalmente su vocación²⁷.

En definitiva, vocación a ese Amor mayor que da vida para generar vida. Y hay casi una misteriosa complicidad entre la mujer y Dios, una especie de intimidad privilegiada de la que las cualidades más femeninas son signo y símbolo: la intuición, la interiorización “en” y “del” Misterio, la contemplación, la acogida, la ternura, la compasión.

Además, es la misma complicidad misteriosa, la misma intimidad privilegiada, que caracteriza la relación de Jesús con las mujeres del Evangelio. Cristo habla con las mujeres sobre las realidades de Dios y ellas lo entienden, en una auténtica resonancia de mente y corazón que apunta a una respuesta de plenitud de fe.

Sobre la base del plan salvífico eterno de Dios, la mujer es aquella en la que el orden del amor en el mundo creado de las personas encuentra un terreno fértil. A partir de su llamada a la existencia junto al hombre, creada como persona de igual grandeza y dignidad en la unidad de los dos, esposa cuya verdad se revela por la relación de Cristo con la Iglesia, la mujer es colocada en el mundo creado como instrumento y condición para que el amor de Dios se derrame en los corazones. Porque es a través del otro que la mujer madura su personalidad y cumple plenamente su misión²⁸.

En una visión cristiana, el amor, al que la mujer tiende naturalmente, es la caridad, a través de la cual puede dar a los demás el mayor bien, Cristo mismo, en una doble perspectiva: haciendo florecer el amor cristiano en las almas, e introduciendo una inspiración caritativa en las estructuras eclesiales y sociales.

Esto se debe a que, específicamente, ella posee: una compasión natural hacia los pequeños y débiles y la capacidad de saber compartir la vida de los demás, en todas sus expresiones de alegría y sufrimiento; una disposición para la atención respetuosa hacia todos y la capacidad de empatizar con sus situaciones, haciendo suyas sus intenciones.

Por eso, cuando digo que la mujer es la que recibe el amor para amar a su vez, no me refiero solo, y en primer lugar, a la relación conyugal específica del matrimonio, sino a algo más universal, basado en el hecho mismo de ser mujer en la totalidad de las relaciones interpersonales y en las diferentes

²⁷ JUAN PABLO II, carta apostólica *Mulieris dignitatem*, n. 31.

²⁸ Cf. G. BLAQUIERE, *Il dono di essere donna*, Ancora, Milano 1982, 132.

formas que estructuran la convivencia, la relación y la colaboración entre hombres y mujeres²⁹.

La principal tarea de la mujer es, pues, hacer respetar la creación y la vida humana, personalizar las relaciones, enriquecer el mundo con la humanidad, pero, sobre todo, revelar el hombre a sí mismo, para que pueda redescubrir a Dios y decidirse plenamente por Él.

5. Lo específico de la espiritualidad femenina: la maternidad, disponer y cuidar la acción de Dios en el corazón del ser humano

El carácter distintivo de la espiritualidad femenina se refiere a la vida personal, a lo humano-concreto que las mujeres desean llevar a su pleno desarrollo, en ellas mismas y en los demás.

Presupuesto fundamental para que la mujer pueda cumplir esta tarea, es que su humanidad debe ser purificada, es decir, liberada de lo que puede ser “excesivamente femenino” en ella, y me refiero a esa especie de esclavitud que aflige a las mujeres, bien centrándola exclusivamente en sus personas, especialmente en el plano exterior y estético, bien situándolas de forma desordenada, en una actitud de constante dedicación a los demás, pero sin un juicio equilibrado y una mirada limpia de la correcta relación entre los valores de la persona y sus posibilidades de desarrollo.

La mujer debe hacer constantemente el recorrido humano y espiritual que la lleva a liberarse, cada vez más, de su exterioridad y de ese apego opresivo y limitante respecto de aquellos a los que desea cuidar³⁰.

El conocimiento de Dios hecho hombre nos presenta una imagen del ser humano que está por encima de todo lo que es solo parcialmente humano, y en la que tenemos un criterio objetivo de medida para nosotros mismos y para los demás. Solo a través de la profundización experiencial de este conocimiento de Dios, la mujer adquiere la actitud correcta hacia sí misma y hacia el ser humano, en la que su especificidad femenina puede ser purificada.

El conocimiento y el amor de Dios solo progresan dentro de una relación asidua y confiada con Él, y de la manera más segura, a través de una vida eucarística que ayuda a realizar, de la manera más pura posible, una espiritualidad femenina, que se caracteriza por ser una espiritualidad que lleva al Salvador adondequiera que vaya, y que es capaz, en todas partes, de encender el amor por Él.

²⁹ Cf. *Ibid.*, 145.

³⁰ Cf. A. MALO, *Uomo o donna. Una differenza che conta*, Vita e Pensiero, Milano 2017, 88.

Al tratar de esbozar las características de la espiritualidad femenina, conviene descartar desde el principio cualquier idea de superioridad o inferioridad respecto a la espiritualidad masculina. Según san Pablo (*Ef* 4,22-23), la mujer no debe someterse al hombre, como inferior a su superior, sino solo mantener su propia posición en relación con el hombre: ambos, de hecho, son dos iguales que ocupan recíprocamente su lugar correcto y adecuado, el uno en relación con la otra³¹.

La vocación a la paternidad del hombre y la vocación a la maternidad de la mujer son complementarias (*1 Cor* 11,12); de hecho, ambas se inscriben en la única vocación bautismal, toda ella dedicada a restaurar en la criatura la imagen de Dios (*Gal* 3,28).

Dentro del Cuerpo Místico, el hombre y la mujer, considerados aisladamente, aparecen como incompletos: solo son verdaderamente ellos mismos en su diálogo constantemente renovado, y en su reciprocidad, fundada en la Gracia. La Iglesia de Jesucristo, además, no puede alcanzar su plenitud sin la completa participación de todos sus miembros.

Se suele reconocer que la mujer, en comparación con el hombre, tiene una vida más independiente de las fuerzas instintivas y carnalmente vitales de su ser y, al mismo tiempo, es más espontáneamente atenta y sensible a los valores gratuitos y desinteresados. Además, tanto por su mayor implicación en el cuidado y preservación del elemento personal, como por su apertura constitutiva a la entrega, desarrolla una espiritualidad de adhesión natural, receptividad y acogida hacia el dato revelado. Por lo tanto, si por alguna razón su sentido de lo divino se atrofia, es todo su resplandor maternal y social el que se debilita y se desconecta, afectando fuerte y negativamente a toda su persona³².

La mujer percibe connaturalmente las realidades espirituales y sobrenaturales, y es capaz de experimentarlas conscientemente, lo cual se debe a que existe en ella, un vínculo muy estrecho entre el sentir y el vivir. Para amar, la mujer necesita sentir que cree firmemente, porque la naturaleza femenina necesita impregnar concretamente su sensibilidad para poder vivir plenamente sus convicciones.

La personalidad femenina, en su estructura física y psíquica, responde a un diseño particular del Creador, por lo que el papel de la mujer es vivir las realidades espirituales en lo más íntimo de su ser, para hacerlas sensibles a los demás. Por eso reza naturalmente con todo su ser, y se siente plenamente

³¹ Cf. E. SALERNO, *La donna in san Paolo apostolo*, Gabrielli editori, Verona 2020, 33.

³² Cf. A. MALO, *Uomo o donna...*, 84.

identificada en su oración, en la que experimenta la plena coincidencia de lo humano y lo divino, lo psíquico y lo espiritual.

El riesgo de nuestra época, tanto en el mundo como en la Iglesia, es dejarse llevar por una civilización de la producción y de la técnica de origen puramente masculino. La mujer, en el centro de esta actividad, tiene la misión de despertar en el hombre la parte femenina que allí dormita, y sin la cual él no construirá más que un mundo racional y pragmático; por su parte, la auténtica virilidad del hombre debe ayudar a la mujer a vivir su sensibilidad y sus valores específicos con una confianza cada vez mayor.

Sin duda, es una gran fuente de riqueza esta aptitud de la mujer para ir al corazón de las realidades, haciéndolas pasar por lo más íntimo de su ser, y sondeando sus matices hasta los más mínimos detalles. Esto la dispone naturalmente a ocuparse de la acción de Dios en el corazón humano, porque su corazón, que es el de una madre, le hace ver en el universo, no objetos de estudio abstracto, sino seres vivos³³.

Todo el organismo femenino está naturalmente orientado a la perpetuación de la especie; siempre, su cuerpo le recuerda a la mujer que está llamada a concebir, a traer un hijo al mundo. Sin embargo, la vocación maternal es independiente del acontecimiento biológico de la maternidad, y no es solicitada obligatoriamente por ella.

¿Qué es lo que entiendo, entonces, por vocación materna de la mujer?

La entiendo a partir de la ternura como acto humano expresado en la intención, en el gesto, en la mirada, en la palabra, de estar presente como persona, y de cuidar al otro como ser humano, mediante el calor y la dulzura, que conducen al don pleno de sí mismo³⁴.

En este sentido, la ternura constituye la perfección del cuidado del otro en sentido personal; lo que cuenta, de hecho, es precisamente la presencia y el don. Entonces la maternidad se manifiesta, ya que la dulzura del gesto, de la mirada y de la palabra hacen presente al objeto en su propia dulzura. El gesto, la mirada y la palabra tierna descubren la ternura, y así la vocación materna se desarrolla y da lugar a la vida oculta en todos los seres humanos y también en el mundo.

La mujer está naturalmente dispuesta a atraer todo hacia sí para abrirse mejor a los demás, y así poder responder más eficazmente a su llamada a la

³³ Cf. E. STEIN, *La donna*, 135.

³⁴ Cf. I. GUANZINI, *Tenerezza. La rivoluzione del potere gentile*, Ponte alle Grazie, Milano 2017, 93.

acogida, que le exige aceptar a la persona a la que se dirige, en todo lo que le concierne, incluidas sus preocupaciones y sufrimientos personales.

Bien equilibrada, a través de un camino gradual y continuo de ascesis humano-espiritual, la espiritualidad femenina puede desarrollar dedicaciones maravillosas, dos de ellas, una paciencia y resistencia extraordinarias, que alimentan toda esperanza, incluso en medio del dolor. Sabemos bien de lo que es capaz una madre, y toda mujer lleva dentro de sí esa capacidad de sufrimiento, sin aureolas heroicas, sino como una actitud que surge de su más profunda interioridad purificada.

En esta entrega sin reservas se realiza la síntesis viviente de la espiritualidad de la mujer: la maternidad está inscrita en su ser y le hace situar su centro en Alguien exterior a ella, llevándola a transformarlo todo, dentro de sí y alrededor de sí. En este sentido, la mujer también educa a lo trascendente, y dispone a la apertura a la acción de Dios en el corazón humano³⁵.

El amor maduro de una mujer se caracteriza siempre por estar al servicio de la vida; ser madre, al fin y al cabo, consiste precisamente en este donar la vida para generar vida. La espiritualidad de la mujer, en todos los casos y siempre, es maternal, y vive en la conciencia de que Dios la confía al hombre, a todo hombre, y a todo el hombre.

6. Conclusión

A los teólogos les corresponde la tarea de:

auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada³⁶.

Paradigma de todo teólogo es la mujer María, modelo del verdadero conocimiento del Hijo de Dios, modelo de quien escucha, medita y guarda la Palabra en su corazón, enseñándonos cada día cómo servir a la inteligencia de la fe a favor de la Iglesia³⁷.

Teniendo siempre presente que en el centro de ese Misterio que, desde el principio de los tiempos y del mundo, constituye la historia de Dios y del hombre, y de aquella Alianza que debe cumplirse en la carne y en la sangre o, dicho de otro modo, en el centro del problema existencial de la humani-

³⁵ Cf. G. BLAQUIERE, *Il dono...*, 95.

³⁶ CONCILIO VATICANO II, constitución pastoral *Gaudium et spes* (7 diciembre 1965), n. 44.

³⁷ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Comisión teológica internacional*, 7 diciembre 2012.

dad y de todo hombre en busca de Dios, está la Encarnación, la Revelación total y definitiva de Dios, la respuesta última a la perenne aspiración humana. Y así, en el centro de ese Misterio, hay un vientre de mujer³⁸.

Este vientre define el momento y el espacio de un encuentro predestinado a la salvación, precisamente el momento histórico y el espacio físico en el que se cumple la promesa divina, y con ella el destino del hombre. En una mujer. Y es en una mujer, en María, donde no solo se realiza esa unión completa con Dios, que es la meta de la existencia humana, sino también una unión absolutamente típica, particular e íntima, que es la experiencia exclusivamente femenina, y que es la unión entre madre e hijo.

Una mujer es la verdadera protagonista de la experiencia espiritual cristiana, es la llena de Gracia, que desvela lo femenino: María es el arquetipo de la dignidad personal de la mujer, del don que constituye, y es también el arquetipo de la respuesta al don, su "fiat" es la adhesión a esa misión de servicio que funda el Reino y marca la vocación de toda mujer, pero también de todo hombre³⁹.

El don de la plenitud de la Gracia, y la respuesta libre, personal y consciente al servicio, conciernen a María como persona, en su específica naturaleza femenina, y al mismo tiempo interpelan a la mujer, en la doble dimensión de su feminidad como Virgen y Madre, de la que María encarna, en plenitud, los aspectos más típicos. Allí la virginidad es silencio, escucha, profecía y expectación. Allí la maternidad es respuesta, acogida, ofrecimiento y don infinito.

Siempre teniendo en cuenta que el hecho de la experiencia plurisecular recoge una realidad muy precisa y clara: sobre la base del diseño eterno de Dios, hay una única especificidad masculina y femenina: el Amor.

³⁸ Cf. V. SALVOLDI, *La donna del silenzio*, EMP, Bergamo 2011, 39.

³⁹ Cf. *Ibid.*, 94.